

Acompañamiento pastoral del duelo desde la parroquia

JESÚS GARCÍA HERRERO

Capellán del Tanatorio de la M-30 (Madrid)

Síntesis del artículo

El autor presenta un resumen del libro que será publicado próximamente por la Editorial PPC, con el mismo título que este artículo. Aquí cuenta su experiencia y su modo de acompañar en el duelo a enfermos graves y a familiares de personas difuntas, y ofrece varios ejemplos de celebraciones religiosas en dichas circunstancias.

#PALABRAS CLAVE: Duelo, muerte, resurrección, acompañamiento, sacramento de la unción de enfermos.

Abstract

The author presents a summary of the book that will be published soon by Editorial PPC, with the same title as this article. Here he tells about his experience and his way of accompanying the grieving of the seriously ill and relatives of deceased persons, and offers several examples of religious celebrations in those circumstances.

#KEYWORDS: Grief, death, resurrection, accompaniment, sacrament of the anointing of the sick.

Me animo a escribir estas páginas desde la experiencia pastoral de acompañamiento a tantos que han perdido un ser querido y quedan heridos y sin horizonte. A lo largo de muchos años de trabajo parroquial y, en mi actual tarea como capellán del Tanatorio, he tenido la gracia de estar cerca de los enfermos terminales y de sus familiares después de la muerte. Siempre he creído en la fuerza transformadora de la presencia, de la sacramentalidad cristiana, de la palabra que conecta con la existencia concreta y que ayuda a trascendernos, a vislumbrar lo que ordinariamente no aparece, hacia un umbral de sombras y misterios.

La decadencia actual del ritual funerario revela la crisis de la dimensión espiritual de la vida, de los lazos afectivos entre parientes y amigos, de la memoria como argamasa del sentimiento comunitario y la pérdida del horizonte del más allá. Resulta paradójico que la muerte esté por todas partes (televisión, cines, video-juegos) y se haya perdido la **conciencia de la mortalidad**. Hemos experimentado que los momentos en torno al duelo ofrecen un espacio privilegiado para que el acompañamiento pastoral pueda alumbrar una perspectiva esperanzada.

Acompañar es estar o ir en compañía de otros. Para el doliente es importante sentir

que alguien camina a su lado en los momentos oscuros y cuando está perdido. Necesita sentirse abrazado, escuchado, para ser reconfortado y encontrar una salida a su angustia. Mientras acompañamos, ni el otro ni nosotros nos sentimos solos, y ayudamos al otro a ser protagonista de su vida.

El tiempo del duelo precisa de un apoyo psicológico adecuado para elaborar los diversos pasos que ayuden a superar esa etapa. Pero reclama también el alivio y consuelo que aportan las energías espirituales (fe, creencias, ritos); de ahí la trascendencia del acompañamiento espiritual en todo ese proceso. Significa una traducción de la compasión evangélica que implica calor humano y empatía en relación con la persona que está sufriendo la pérdida. El apóstol Pablo advertía a los primeros cristianos que, en medio de las lágrimas, no debemos desesperar como los hombres que no tienen esperanza; en Jesús resucitado estamos llamados a atravesar la cruz y la muerte. El duelo es una respuesta a un amor experimentado; queda su recuerdo, el agradecimiento y la oración.

1 Duelo anticipado

El tiempo del duelo no comienza con la muerte de la persona amada. La enfermedad que se prolonga, las últimas etapas, la enfermedad terminal, suponen para los familiares un replanteamiento de sus relaciones con el que se va: ¿qué ha significado en mi vida, cómo ayudarlo a superar la angustia, cómo despedirle, cómo prepararse para el después?

Por otra parte al que se acerca a la muerte se le plantean las cuestiones más profundas y las intuiciones más esenciales rechazadas durante años. A nivel espiritual, el enfermo va a necesitar encontrar algunas respuestas al sentido de su vida, a su propia muerte, y al futuro que le espera más allá de la muerte. Es el momento de ayudarlo a explicitar

sus valores, creencias y su experiencia de fe que le den ánimo para superar los miedos y temores que le asaltan.

Jesús mismo ha tenido que ir aceptando el destino de muerte que le estaba reservado. Tras el anuncio de su inmediata pasión en la última cena, Jesús se va a Getsemaní a rezar en una agónica vigilia para ser capaz de aceptar el cáliz que le ha sido reservado por la voluntad del Padre (cf. Lc 23,19).

No hay que mentir al enfermo sobre su situación. Le sostiene estar calladamente junto a él, invocar a Dios para ayudarlo a pasar la frontera, asegurarle que hay quien le espera amorosamente desde el otro lado, que encontrará la puerta abierta a la eternidad. No intentar retenerlo, darle permiso para irse en paz.

Para estar cerca de estas situaciones, es importante dar relieve y tiempo a la pastoral de enfermos: cuando se les ha visitado con asiduidad es más fácil acompañar las diversas encrucijadas por las que atraviesan los enfermos y sus acompañantes o familiares.

1.1 Visitar al enfermo

Me pasaron el recado: **“Javier desea que le visites en el hospital”**. Tenía un cáncer de garganta, apenas podía hablar y le iban a practicar una operación muy arriesgada. Dedicué tiempo a la visita; con medias palabras y por señas, me iba comunicando su ansiedad, sus miedos. Le escuché con atención, apreté su mano para transmitirle energía y calor. Le animé:

Dios te ha cuidado y protegido a lo largo de tus años. Ahora, desde tu debilidad, desde el corazón, invócale con estas palabras que pongo en tus labios: *“Hoy siento, Dios mío, que tu mano está conmigo en esta habitación del hospital. Te respiro y te vivo. Alivia mi dolor; quédate en mi pecho, no te vayas, tus manos son un amoroso nido para reconfortar mis penas”*. El Señor te responde: *“Javier, no temas, yo estoy contigo; te llevo tatuado*

en las palmas de mis manos, no defraudo a los que esperan en mí”.

Rezamos el Padre nuestro y el Ave María, le di la bendición y le entregué una copia de estas plegarias. Días más tarde, su esposa me confirmaba: “En la mañana repasa estas oraciones y pensamientos y se queda pacificado”. Ella se fue preparando para el fallecimiento de su esposo, cuatro meses más tarde.

En muchas ocasiones, estamos llamados a ser “mediadores” entre el enfermo y su familia. El que va a morir lo sabe. Necesita de alguien que le ayude a formularlo. ¿Por qué le cuesta tanto decirlo? Acaso porque la angustia que percibe entre los suyos le impide hablar y le obliga a protegerlos. Los familiares dan por sentado que el enfermo no soportará la verdad; ignoran que ya la sabe y le obligan a sobrellevarla solo. Cuando visito a enfermos, suelo pedir a los familiares que me dejen a solas con el enfermo unos momentos. Entonces se desahoga, confía sus temores y angustias, quisiera despedirse de los suyos, pero no se atreve para no ahondar la herida de la próxima separación.

En la **visita domiciliaria a José** le acompaño, mientras la esposa sale a hacer algunos recados. Ante la sencilla pregunta: *¿Cómo estas, cómo llevas esta situación?*, me responde: “Sé que estoy próximo a morir; me siento agradecido a la vida por todo lo que me ha regalado; quiero tener una reunión con mis hijos y mi mujer, para despedirme y confiarles mis últimos consejos”. Al reintegrarse su mujer a la conversación, él continúa explicando con serenidad estos propósitos. Le doy la comunión, rezo el *Padre Nuestro* con ellos y les entrego esta posible despedida para concluir la próxima reunión con sus hijos: *“Queridos míos, no hay nada que temer, la muerte es solo un umbral como el nacimiento. El único recuerdo que me llevo es el de los amores que dejo. No os atormentéis pensando en lo que pudo ser y no fue,*

en lo que debisteis hacer de otro modo. A pesar de mi muerte, seguiremos en contacto, me llevaréis dentro como una constante presencia. Seré vuestro ángel protector”.

2.2 Celebrar el sacramento de la unción

La **celebración del sacramento de la unción** ofrece otro momento pastoral intenso para preparar el tránsito y la despedida de los suyos. La unción plasma el beso del Espíritu de Dios sobre nuestras heridas, y sella el cuerpo frágil con la fuerza del aceite que restaura. Hay que ayudar al ámbito familiar para que faciliten ese gesto, superando la preocupación de no asustar al enfermo. A la postre lo van a agradecer porque aporta paz al enfermo.

En el caso de José-María, no hubo que superar resistencias. El enfermo, con la esposa y los hijos, pidieron una celebración de la Eucaristía y la Unción en su casa. En el momento del ofertorio, el enfermo presentó el cáliz incorporando sus sufrimientos y su confianza como ofrenda a Dios Padre, que transformará la debilidad en sacramento de su presencia. La consagración actualiza la memoria del cuerpo roto y vida entregada y rehecha, y el testamento del amor que se verifica ahora en José-María. En el rezo del Padre nuestro, con las manos entrelazadas, pedimos el regalo de su Reino, y después de la comunión, en un momento de emoción contenida, la esposa y cada hijo expresaron sus sentimientos de gratitud, cariño y apoyo hacia el padre. Él añade unas palabras de despedida y les bendice. Concluimos con el himno:

“Ando por mi camino pasajero, y, a veces creo que voy sin compañía, hasta que siento el paso que me guía, al compás de mi andar, de otro viajero. No lo veo pero está. Si voy ligero, él apresura el paso; se diría que quiere ir a mi lado todo el día, invisible y seguro el compañero. Y, cuando hay que subir monte (Calvario lo llama él), siento en su mano amiga que me ayuda, una llaga dolorosa”.

Al final, uno de los hijos que había temido mucho este encuentro, expresaba su experiencia de salir reconfortado.

2.3 Acompañar al que va a partir

Aquellos que tienen el privilegio de **acompañar a un semejante en sus últimos momentos** saben que entran en un espacio de tiempo muy íntimo. La persona, antes de morir, tratará de confiar a quienes la acompañan lo esencial de ella misma. Con un gesto, a través de una palabra, con la mirada, procurará transmitir aquello que de verdad cuenta y que no siempre ha podido o sabido decir. Tengo presente a una mujer joven, incapaz de formular palabras, pero que, a través de los abrazos y gestos de ternura se iba despidiendo de sus hijos pequeños. Con la ayuda de una presencia amiga a quien expresar el dolor y la desesperación, los enfermos llegan, a veces en pocos días, a abrazar su vida entera, a discernir la verdad que entraña.

Es trascendental que la familia acompañe y rece junto al enfermo. La cercanía a la muerte es momento privilegiado para la oración y la plegaria en sus diversas formas. Jesús en Getsemaní, ante el sufrimiento que le invade y la muerte que se aproxima, se desahoga y se confía al Padre. Los cercanos pueden hacerse eco de los sentimientos del moribundo a través de las palabras recogidas de los Salmos: *“Dios mío socórreme; mi suerte está en tu mano. Tú eres mi refugio y consuelo; a tus manos, Señor, encomiendo mi vida”*. El sentirse mecido por esas manos amorosas abre un boquete en el muro de la muerte, confiando en que al otro lado seremos acogidos y puestos a salvo. Así me lo confesaba la esposa de un recién fallecido: “En los últimos meses de su enfermedad, me enseñó la importancia de la aceptación, la entrega y la confianza para ser transcendidos. Cuando partió, de momento, deseé seguirle cediendo al dolor lacerante de mi corazón; mas superé

la tentación de dejarme arrastrar por él, pensando en los hijos que me necesitaban; me ganó la confianza en que Dios que me seguiría sosteniendo”.

2 Hacerse presente tras la muerte

La muerte nos coloca ante el abismo de la separación: unos gritan su desesperación, otros rezan, otros se despiden con un dolor silencioso e indeleble en el alma, y otros formulan los sentimientos postreros que bullen en su corazón. Después de un fallecimiento, sentimos la necesidad de que nos acompañen, nos reconforten, nos expresen cariño y condolencias. Por eso, ante la muerte de un conocido, es importante acudir al lado de los suyos, visitarles, llevarles ayuda para sus primeras necesidades, disponibilidad para las tareas cotidianas. No es fácil expresar palabras oportunas, pero lo que importa es la presencia, el abrazo, la oración junto a ellos. En ocasiones, los dolientes necesitarán evocar a su difunto, recordar momentos y anécdotas de su vida, comentar las circunstancias de su muerte; resultará valioso escucharles y completar la imagen del difunto con ellos. El abrazo cálido de los amigos conforta y calma la angustia, hablar de él alivia la aflicción, llorar es desahogar el alma. Duele especialmente la huida de amigos o personas esperadas, porque se sienten confusos y no saben qué decir o hacer, y por eso ponen distancia.

En nuestra tradición cristiana tenemos un acervo acumulado de símbolos, iconos, relatos, imágenes y palabras capaces de abrazar esas realidades humanas más hondas para arropar frente al temor y al desconcierto. Merece la pena caer en la cuenta del tesoro del que somos portadores, dejarnos tocar por la compasión y la necesidad de percibir un rayo de luz y de esperanza ante la noche de la muerte. Estamos llamados a ser mediación

transparente de la presencia del Resucitado, que actúa sobre el difunto y sus deudos para infundir vida eterna. Los ritos cristianos y la liturgia de exequias celebran la memoria del difunto, afirman el valor de la vida y sitúan el acontecimiento de la muerte en el horizonte de la experiencia cristiana.

2.1 Acudir a la casa

A veces es posible una primera **presencia en la casa del difunto** para enjugar lágrimas y aportar un gesto de esperanza.

A la parroquia llega la noticia de la muerte repentina de una chica de 22 años que viene ayudando en la catequesis. Me acerco a la casa familiar; allí se percibe el desgarramiento y el llanto. Cuando me ve la madre empieza a gritar: "Mónica, qué ha hecho Dios contigo. Tú frecuentabas la parroquia, echabas una mano con los niños y así te ha pagado, qué va a ser de nosotros". Asumo serenamente la queja dolorida y le respondo: "Tienes razón en protestar a Dios, en quejarte ante Él". El evangelio de Juan (11,1-45) nos relata un momento parecido en la vida de Jesús. Ha muerto inesperadamente su amigo Lázaro. Marta, una de las hermanas, se encara con Jesús: "¿Cómo has permitido esto?; si hubieses acudido cuando te avisamos de la gravedad, no habría muerto mi hermano. ¿Llegas ahora, cuando lleva ya cuatro días enterrado?" Jesús escucha su lamento, llora junto a ella por el ser querido perdido. A la vez le asegura: "Tu hermano resucitará; Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí no morirá para siempre". La acompaña hasta el sepulcro y allí cumple su palabra. En nombre del Dios de la vida, grita fuerte: "Lázaro, despierta, levántate y sal"; él escucha esa voz poderosa, obedece y recupera el vivir.

Para vosotros, la familia de Mónica, ahora estáis sumidos en el duelo, se os desgarran el corazón; pero se va al regazo de Dios, que con

su abrazo es capaz de despertarla para la vida eterna. Se va a Dios, pero se os queda dentro amasada en vuestra carne. Junto a la familia, recito esta oración: "Oh, Señor, que has venido a recoger a Mónica, que se ha adelantado a tu encuentro. La confiamos a tus manos amorosas que recrean para la vida permanente. Ten cuidado de ella, dale tu mano para que pueda llegar hasta Ti, escucha su vida que te llega plena de tus dones abundantes y de su humilde tarea cumplida a lo largo de sus breves años".

2.1 El encuentro ocasional

El encuentro ocasional en la calle también puede suponer una ocasión de gracia para solidarizarse por el dolor de una muerte.

El barrio estaba conmocionado por la muerte de una joven de 20 años, víctima de un trágico accidente en el cruce de una calle de la urbanización. La familia no es cercana a la parroquia, se afirma agnóstica, pero muy inquieta y comprometida en las actividades cívicas. Pasado un tiempo, me crucé con su padre por la calle; caminaba cabizbajo, ensimismado. Me detuve junto a él, le saludé y le expresé mis sentimientos de pena por el fallecimiento de su hija. Él se quedó perplejo, agradeció la cercanía y, poco a poco, desahogó la hondura de su drama: cuando se acercó al hospital donde intentaban salvar in extremis a la chica, se daba golpes de cabeza contra la pared sobrepasado por la desesperación que le atenazaba. Le di un abrazo e intenté con discreción, aliviar su pena. Le comenté un relato del evangelio (Mc 9,14) en el que ante Jesús, se presenta un padre angustiado por su hijo martirizado por malos espíritus. Le pide: "Si algo puedes, ten piedad de nosotros, ayúdanos". A la respuesta de Jesús: "Todo es posible para el que tiene fe", replica el padre: "Tengo fe, pero con muchas dudas; aumenta mi fe". A esta luz, le animé a confiar en que hay un horizonte más allá de la muerte, que su hija arrancada de esta orilla, llegará a otra ribera.

Despertará en los jardines de la luz donde la espera el Dios de la vida con los brazos abiertos para rehacerla para una experiencia inédita. Le prometí las oraciones de la comunidad parroquial y quedé a su disposición para cualquier ayuda que pudiera prestarle.

Fue el inicio de una amistad sincera y duradera. Llegó a participar en las actividades parroquiales que tuviesen que ver con el sentido más profundo de la vida. Con el tiempo se fue rehaciendo de tal modo que, con ocasión de otra muerte trágica, dedicó una semana para acompañar a una tía suya a quien se le había suicidado un hijo, para ayudarla a salir del túnel oscuro. Cuando me reencontré con él, sigue expresando su gratitud por aquella primera cercanía a su dolor, y confiesa que, cada vez que recuerda a su hija, se sigue estremeciendo.



Desde estas experiencias descritas, aparece la necesidad de acercarse a la gente en su vida concreta para desarrollar el oportuno acompañamiento en la tarea de consolar. Nuestra presencia en las calles, en la plaza, en el mercado, en el ambulatorio, facilita el saludo, el comentario, el desahogo: "Ha fallecido mi vecina, el tendero está hospitalizado, hemos sufrido un grave accidente en la familia..." Mediante la escucha, la orientación oportuna, la promesa de llevar a la oración, se va tejiendo la red del consuelo y del apoyo en los diversos duelos que se sufren en la vida.

3 Despedida en el Tanatorio

Hoy el individuo camina solo frente a su destino mortal. La muerte irrumpe bruscamente con el deceso de un familiar, un amigo o un compañero de trabajo.

El tanatorio es el lugar más frecuente donde topamos con esa realidad. Se impone esa presencia densa, provocadora. Las reacciones que he presenciado ante el féretro del ser querido son muy variadas: la esposa que grita ante el esposo muerto de repente: "¿Por qué me has hecho esto, por qué me dejas sola?"; el joven desconcertado que suspira: "¿Por qué tenemos que morir?, ¿dónde te vas, amigo mío?"; o el niño de diez años, que llora silencioso ante el cadáver de su padre.

En el ambiente de la sala del tanatorio quedan flotando:

- el reparo a acercarse a ver el rostro del difunto para retener su imagen anterior;
- el desgarrar y dolor que produce la separación definitiva;
- la conversación banal para ahuyentar el miedo y la inseguridad;
- el silencio reflexivo que ayuda a plantear el misterio de la muerte y el después.

Ante la muerte lo primero es el silencio profundo roto por las lágrimas y la plegaria. Protestamos porque Dios no responde a nuestras preguntas; quizás somos nosotros los que no escuchamos sus respuestas. El secreto del creador consiste en reponer la llama de la vida en la ceniza de la carne muerta.

Hoy día, la mayor parte de los difuntos son velados en el tanatorio como paso previo al enterramiento. El tiempo del tanatorio supone la vigilia y despedida de los familiares, amigos y compañeros de trabajo. Además del pésame, no son fáciles otras palabras de sintonía sobre el sentido de la muerte y el más allá.

Pastoralmente es una oportunidad de oro para acompañar a las familias en ese trance difícil. Es importante visitar las salas para hacer una despedida o una Eucaristía, según los casos. En cada ocasión queda confirmada la importancia de ese acompañamiento en orden a consolar, liberar, reafirmar la fe de los familiares en la resurrección. Aporto aquí algunas de esas despedidas.

Visito una sala en el Tanatorio. Una mujer sola vela al difunto, un varón de 52 años. Le sugiero: "Quería rezar una despedida, pero quizás espera a más familiares". Ella me responde que es una cuñada y que los hijos están en el bar y no sabe si tienen interés en esa despedida. Le propongo que intente conectar con los hijos y yo volveré en veinte minutos.

Cuando regreso están presentes tres hijos y dos jóvenes más. Intuyo que las circunstancias de la muerte han sido especiales y con alguna situación violenta de por medio. En todo caso les reitero mi oferta y, aunque el ambiente no es muy propicio, ellos aceptan y, con delicadeza, les invito a despedirse de su padre, con el que, sin duda, han compartido momentos gozosos y también dolorosos. Hago referencia a Dios que *"cierra los ojos a los pecados del hombre para que se arrepienta*.

Lo perdona todo porque es amigo de la vida y su aliento está en todos nosotros" (Sab 11,12).

Recuerdo a Jesucristo, nuestro hermano mayor, que insistía a su amigo Pedro: *"No te digo que perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete"*. Incluso para los que le estaban clavando en la cruz, invocaba: *"Padre, perdónales porque no saben lo que hacen"*. Vuestro padre, sin duda, tenía buen corazón, pero no acertó en la vida; sufrió mucho y os ha causado muchos contratiempos a vosotros.

Ellos se fueron emocionando y la hija terminó hecha un mar de lágrimas. Lo llamativo es que después acudieron a la Misa comunitaria en el Oratorio. Estuvieron respetuosos y atentos. Les hablé de que ese momento de la Eucaristía suponía para ellos un momento de comunión con Dios, de reencuentro con el que se os fue. Agradecedle los buenos momentos vividos junto a él. Concededle el perdón, perdonaos vuestras equivocaciones, no os hagáis más reproches, confiad en Dios y quedaos en paz.

En labios del padre, puse esta súplica: *"Hazme otra vez alfarero; recréame con tus dedos, aliéntame con tu aliento, pon en mi carne tu fuego. Mete tu mano en mi entraña, forma mi cuenco frágil, pequeño, donde solamente quepa un corazón bueno"*. Al final de la Misa se fueron pacificados.

4 El entierro

Es el último momento de la cercanía al cadáver, antes de que sea apartado de nuestra vista. De ahí que sea importante acompañar esa situación para formular algunas palabras de esperanza y cuidar, con esmero, los rituales de esa despedida. El cuerpo del difunto es sagrado, es un lugar simbólico de tantos vínculos, vivencias e historias compartidas; somos su retrato, si nos miramos al espejo, al fondo emerge la figura de ellos.

Me impactó, en el enterramiento de una mamá joven en un cementerio moderno, estilo jardín, la imagen del esposo y los hijos pequeños cogidos de la mano, caminando lentamente tras el féretro. Asistían también los sobrinos y otros muchos familiares y amigos. Ante la tumba, llamé la atención de los pequeños: "Si sembramos pequeñas semillas de rosas, a la cabecera de donde vamos a colocar a la mamá, después de un breve tiempo surgirán bellas flores, y si echamos otras semillas sobre la sepultura, se cubrirá de un manto verde como la pradera. Nosotros ahora, vamos a sembrar a la mamá como una buena semilla que va a florecer en el jardín de Dios". Recordé que así lo explicaba Jesús a sus amigos: *"Me llega la hora de pasar por la muerte, pero os aseguro que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda infecundo; en cambio, si muere dará fruto abundante"* (Jn 12,23). Invocamos juntos al Padre nuestro y a la Virgen, a la que ella tantas veces había rezado en su enfermedad. Puse en sus labios esta oración: *"Ábreme, Padre eterno, la puerta de tu casa-corazón; vengo herida de muerte, pero me devolverás la vida por mi ansia de verte"*. Ella os deja en el aire, mudo como un pañuelo de despedida su último deseo: *"Queridos míos, seguid viviendo"*. Todos entonamos una canción que para ella era muy entrañable: *"Adiós con el corazón, que con el alma no puedo... tú serás el bien de mi vida..."* Estos gestos, palabras e imágenes quedaron grabados en todos los presentes, y aportaron luz y esperanza cierta a los familiares.

En el último tramo del camino e *incineración* de Gabriela, me tocó vivir esta experiencia. Tenía 32 años, dos hijos pequeños, recién separada del marido, y en escasos meses se sintió invadida por un cáncer que le llevó a la muerte. Poco antes, me acerqué a ella y traté de conectar con situación. Me decía: "Estoy hundida; hasta ahora me había creído omnipotente, ahora me siento derrota-

da. Vosotros, los creyentes, ¿cómo afrontáis estos momentos?". Intenté responderle: tampoco nosotros tenemos una respuesta teórica para estas situaciones trágicas. Pero en medio de la oscuridad, confiamos en la mano amiga de *Dios Padre*, que nos sostiene en el dolor y nos saca a flote aun de la muerte. Esta historia fue vivida por Jesucristo, nuestro hermano mayor, a quien le sobrevino una muerte horrorosa, pero se fio de Dios que lo resucitó de entre los muertos. Esta fe nos da fuerza en la debilidad y nos aporta luz en la noche oscura. Ella me pidió que la hiciésemos presente en las oraciones de la comunidad parroquial.

Después de su muerte, acompañé su entierro por *incineración*. Sus padres, agnósticos también, se sintieron incapaces de asumir el trance y siguieron el momento de lejos. Su exmarido, suegra y cuñadas, de tradición cristiana, hicieron lo posible por arropar su final. Animé a los presentes a hacer confianza en aquel Alfarero que infundió el soplo de vida sobre aquel ser original amasado de barro (Gn 1,5-7). De las cenizas de Gabriela será capaz también de rehacerla e infundirle aliento de vida eterna.

Puse en los labios de ella esta invocación:

Toma mi barro otra vez, alfarero. Recógeme con tus manos que vengo roto y no puedo tocar con las mías tu cuerpo. Álzame de nuevo a tu torno, alfarero, que traigo mi gesto sin vida y tengo necesidad de tu gesto. Recréame con tus dedos, aliéntame con tu aliento, pon en mi carne tu fuego. Mete tu mano en mi entraña, forma mi cuenco, un cuenco frágil, pequeño, donde solamente quepa un corazón bueno. ¡Hazme otra vez, alfarero!

Los familiares sentiréis la vibración que ha dejado en vuestro entorno, la fuerza poderosa que desarrolló en su vida queda impresa en vosotros.

5 Funerales

Entre nosotros, la mayoría de las familias, aun las habitualmente alejadas de la práctica religiosa, piden un funeral, con ocasión del fallecimiento, para recordar al ser querido en unión con vecinos, amigos y compañeros de trabajo. Esa petición supone uno de los importantes desafíos para nuestra pastoral urbana. La gente se siente desamparada ante la muerte y viene buscando algún cobijo. Supone una concentración simbólica del duelo para facilitar el paso a la difícil cotidianidad. Algunos teólogos consideran el funeral como “una especie de sacramento, como un signo visible y consolador de nuestra esperanza en la resurrección, una experiencia compartida de la comunión de los santos. Los honores que rendimos al cuerpo del difunto tienen pleno sentido si comprendemos que los que se han ido al lugar del reposo están con nosotros y, estando con Dios, están incluso más cerca de nosotros que antes de su muerte” (Häring).

Desde nuestra experiencia parroquial venimos comprobando que esta ocasión es un momento privilegiado para un acercamiento humano y creyente a los familiares y amigos del difunto. Se sienten cuestionados, sensibles a las grandes preguntas por el sentido de la vida y de la muerte. Es importante la primera acogida ante la petición del funeral. Conviene situarse respecto de la personalidad del difunto, algunos rasgos salientes de su vida, circunstancias de su enfermedad y muerte, cómo es vivida esa muerte por los cercanos y otras circunstancias significativas que nos permitan ambientar la celebración en un contexto real. A veces, nos sentimos perdidos cuando apenas conocemos detalles de la persona por la que vamos a celebrar. Confundimos, con frecuencia, el funeral con un “elogio post mortem” lleno de adulación exagerada y que oscurece el retrato realista del fallecido; pero la muerte es el lugar de la ver-

dad. Se trata, más bien, de evocar algún rasgo peculiar, para, desde ahí, ampliar e incluir las facetas más comunes en las que otros muchos se sientan identificados. En el caso de un funeral por una madre de familia destacaremos algunos aspectos inconfundibles de esa figura que es la imagen más cercana a Dios, fuente de vida que se da vaciándose: engendra vida, la amamanta, la cuida, mantiene vivo el fuego sagrado del hogar, fiel a la cabecera del enfermo, tejedora de relaciones familiares; no da tarea, ni es carga, sino que se dedica a servir a los demás; se lleva bien con Dios y transmite la fe a sus hijos. Al nacer, se corta el cordón umbilical que nos une a ella, pero su regazo es cobijo permanente al que se sigue acogiendo el hijo. Es faro en la noche oscura. Cada hijo tiene una deuda impagable con ella. A lo largo de esta celebración, no solo los hijos de la que se recuerda especialmente en esta celebración, sino que cada hijo siente que se está hablando de su propia madre y le ayuda a reconciliarse con su recuerdo.

Por nuestra parte, hemos de intentar un acercamiento humilde y cordial que se pone en su lugar, se deja afectar, ayuda a aflorar sus inquietudes, temores, preguntas; intentando formular o explicitar sus intuiciones y esperanzas mediante las palabras que aletean entre ellos y precisan ser formuladas. Solo así podremos aportar, acertadamente, nuestras convicciones de fe y los rituales, gestos o puntos de referencia que generan consuelo, la apertura al futuro, la esperanza creyente que les ayude a interpretar todo lo que está sucediendo, para facilitar agujeros de respiración en ese firmamento cerrado y plomizo que asfixia a la cultura moderna que niega toda posibilidad al “más allá”, al otro lado del límite de la muerte. Los difuntos no son solo la memoria de un tiempo acabado, sino el anuncio del mundo nuevo que esperamos, como regalo de Dios. Es muy valiosa la presencia de miembros de la comunidad parroquial

que acompañen a la familia y puedan incorporarse activamente a la celebración con las respuestas y cantos que muchos de los presentes ya ignoran.

Algunos símbolos pueden enriquecer la celebración: música ambiental, un icono de la resurrección, trigo, espigas, fuente de agua bautismal, cirio pascual, incienso, foto del difunto, un objeto significativo de su entorno vital; una planta, un ramo de flores y una vela encendida durante la celebración que, al final, se entregarán a los familiares.

5.1 Contenidos a destacar

Es preciso tener en cuenta el enorme abanico de posturas religiosas que se pueden adivinar entre los presentes en un funeral, desde actitudes agnósticas o indiferentes hasta diversos grados de fe y creencia. De ahí que sea indispensable el que los contenidos de la celebración sean también plurales, abiertos, de modo que la mayoría puedan sentirse, en alguna medida, aludidos e interpelados. Apuntamos aquí algunas pistas:

- *Dar espacio al silencio*, porque en silencio se realizan los misteriosos procesos de transformación de muerte-vida, y porque sin palabra nos deja la muerte, y solo de corazón a corazón podemos comunicarnos los sentimientos más profundos e íntimos.
- *Somos muchos contra la muerte y el olvido*. Aquí un grupo importante y otros que están de corazón presentes, a pesar de la distancia, formamos un río de vida imparable. Nos acogemos, nos cobijamos unos a otros y en Dios, fuente de vida, abrazo inmenso, que le ha acogido a él en su regazo y a nosotros nos sostiene con su misericordia.
- Ayudar a reconocer la vida como un *misterio que nos desborda*, como un don que nos es otorgado y que podemos acoger y cuidar, pero que no nos pertenece totalmente. La muerte pertenece a nuestra condi-

ción humana endeble, pero nos desconcierta, nos supera, no sabemos dar cuenta de ella, nos resulta un enigma insoportable y un dolor cruel.

- *Todo lo que somos y tocamos es mudable*, tiene procesos de nacimiento, madurez, envejecimiento y muerte para rehacerse a otro nivel o en un estado diferente. Somos testigos
 - de cómo el sol se pone en nuestro horizonte, se abisma y nace en un horizonte nuevo;
 - de la siembra de la semilla que se entierra y renace y se multiplica;
 - de las múltiples transformaciones que sufre el mundo animal;
 - de los dolores del parto que alumbran una nueva vida;
 - de las diversas etapas de nuestra propia vida que suponen muerte y renacimiento.
- *Jesucristo se topa con la muerte de otros*. Se compadece de la viuda que ha perdido a su hijo y lo resucita; escucha a Jairo que tiene a su hija a punto de morir, se dirige a su casa para sanarla, se la encuentra muerta (¿dormida?), la despierta, de nuevo, para la vida. Cuando se le muere un amigo íntimo, Lázaro, no interviene de inmediato, pero después reacciona y se hace presente junto a sus hermanas, se estremece y llora con ellas, le pide al Padre, le devuelve a la vida, se ofrece como “resurrección y vida” para los creyentes.
- *Jesús ante su muerte*. La ve venir, se esconde un tiempo para evitar su apresamiento; interpreta su cercanía como paso hacia el Padre, como un tiempo de lejanía de sus discípulos para volver a reencontrarles, como entrega voluntaria para salvar a otros; se expone cuando cree llegado su momento. Ante la inminencia de su pasión y muerte, le entra el terror y el pánico, pide la ayuda de sus amigos, suda sangre; le pide al Padre que, si es

posible, aleje de él ese cáliz, pero acepta la voluntad del Padre, se entrega voluntariamente. Cuando muere crucificado: experimenta el abandono de los suyos y el silencio de Dios. Emite ese triple grito: “¿Por qué, por qué me has abandonado?”, que evoca todos los gritos y los porqués de quienes se mueren. Pide compasión, ayuda: “Tengo sed”. Acepta que su vida está cumplida. Se entrega confiadamente en manos de quien puede acoger su último aliento: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”.

- *El reducido grupo de amigos que le han acompañado hasta el final se hacen cargo de su cadáver, cumplen con él las piadosas tareas del enterramiento según las costumbres judías, se les hace de noche, y quedan en la desolación. Durante tres días, están lejos de Jesús, con una losa grande por medio, en el luto, en el llanto, en el fracaso más estrepitoso. Pero, al tercer día, cuando aún era de noche, al rayar el alba, unas mujeres amigas perseveran, vuelven junto al sepulcro para reencontrar su cadáver, y se encuentran con la losa corrida, la tumba vacía, rumores de ángeles que les anuncian: “No lo busquéis entre los muertos, ha resucitado, vive”.*
- Y sucede el susto, el miedo, *el reencuentro con el Resucitado*, el ser llamada por su nombre, el querer tocar, una presencia luminosa que reenciende sus vidas. Y, poco a poco, el Viviente les sale al encuentro al grupo de amigos, les da señales de su presencia, les dice palabras de consuelo, de paz; les acompaña en el camino del desaliento para reanimarles, se sienta a la mesa y parte el pan para ellos, hasta que se les enciende el corazón y gritan confiados: “Era verdad, el Señor ha resucitado”.

5.2 Un caso concreto: funeral por un suicidado

Si ya la muerte habitual es tan difícil de afrontar en nuestro contexto cultural, en el que se

niega esa dimensión inevitable de la experiencia humana, el suicidio del ser querido se torna imposible de entender y de acompañar. La familia queda destrozada, culpabilizada; y el resto del entorno amistoso o profesional se queda desconcertado y sin saber cómo asumir y abordar la situación con los más cercanos al difunto. De ahí que esta situación exige de la comunidad cristiana y de sus responsables un esfuerzo de cercanía, atención delicada y acompañamiento difícil de expresar. En nuestros rituales, tenemos una posibilidad importante para aportar el esclarecimiento desde la fe y el cálido acompañamiento de nuestras oraciones.

Miguel, de 50 años, separado, con varios hijos y una vida tormentosa y desarreglada, fue a quitarse la vida en la casa de sus padres, ya mayores.

“Con los hijos, junto a los atribulados padres, que habéis hecho lo imposible para que este hijo saliese adelante, queremos arroparnos, rezar por él. Me decíais que tenía sentimientos generosos, de buen corazón, pero no acertó en la vida. Cuánto ha sufrido él, cuánto os ha hecho sufrir, y al final se dejó llevar por la pendiente trágica. Ahora está confiado al Dios que rehace de nuevo, a su bondad original, a su perdón y acogida definitiva”.

Escuchamos el mensaje: Sab 11,22-12,2

Señor, Tú tienes piedad de todos, porque todo lo puedes. Cierras los ojos a los pecados del hombre para que se arrepienta. Pues amas a todo cuanto existe y no tienes asco de nada de lo que has hecho. Tú lo perdonas todo, porque todo es tuyo, Señor, amigo de la vida; porque tu aliento está en todas las cosas.

Desde nuestro desconcierto, echamos las culpas a Dios: ¿por qué no lo has evitado, por qué no le has iluminado antes? Estamos ante el misterio, ¡qué más hubieseis querido los familiares que haberle centrado, orientado por otros caminos! En el fondo le habéis

querido incondicionalmente. En esta situación está Dios también. Es el creador de la vida, y cada mañana reaviva, contagia la vida a los vivientes. Ahora tiene tarea con Miguel, le rescata de la muerte, rehace su corazón, le transfiere su Espíritu que resucita muertos. Vosotros tenéis también la tarea pendiente de seguir desviviéndoos por los nietos, apoyando su vida para que puedan seguir adelante.

Leemos el evangelio: Lc 23,35-43

Los discípulos de Jesús, le esperaban como Mesías, Rey triunfante, pero se encuentran con el rechazado, condenado a muerte, crucificado.

Las autoridades, los soldados y uno de los malhechores junto a él crucificado le hacen burla, le desafían. Solamente otro de los crucificados le reconoce, se conmueve, le suplica: "Jesús acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino".

En vuestro caso, tenéis sueños, ilusiones sobre ese hijo, le deseabais éxito en sus proyectos, pero os encontráis con el fracaso más rotundo. Y os ronda la tentación de la queja a Dios, la rebelión y la protesta: ¿por qué no actúas, dónde te escondes? Pero abriendo los ojos de la fe entendéis que Dios se ha abajado, se ha puesto al lado de vuestro hijo, ha participado junto a él en su suplicio. Desde ahí habrá escuchado el grito de súplica: "Acuérdate de mí, Señor". Su respuesta ha sido: "Hoy mismo estarás conmigo en mi paraíso". Junto a los que os quedan, tenéis que continuar la tarea inacabada de generar paraísos que hacen superar las dolencias y fracasos.

La Eucaristía actualiza para nosotros un momento de paraíso, de comunión con Dios, de reencuentro en paz con el que se os fue por la puerta equivocada, y a quien reencontráis invitado también de Dios en esta mesa de la vida. Concededle el perdón a él, perdonaos vuestras equivocaciones, confiad en Dios, quedaos en paz.

Que os sirva de referencia consoladora esta historia:

Un joven que tomó la salida equivocada de la vida, llama a las puertas del cielo. Pedro, exigente, le niega la entrada pretextando un sin-fín de normas y preceptos incumplidos por este candidato a la gloria. El joven insiste y produce un serio altercado. Alertado Dios, acude al momento. Pedro, cargado de razones, le explica la situación. Pero el buen Dios le replica: ¿cómo que al infierno?, ¿no ves que de donde viene es precisamente de allí? Ábrele, rápido, las puertas del cielo.

Los padres, con emoción contenida, se animaron a decirle estas palabras: "Si dudaste al morir de que pudieras ser recordado, te equivocaste. Nuestro recuerdo te será fiel y firme. No te olvidaremos. Que encuentres, del otro lado, el descanso y el sueño que no encontraste sobre la tierra. Descansa en paz, esa paz que nosotros no supimos darte".

Al final de la celebración, los padres, los hermanos y el grupo de amigos se fundieron en un emocionado abrazo de consuelo y apoyo. Otro padre, que había perdido a su hijo en circunstancias parecidas, afirmaba: "Después de tres años, a través de esta celebración, me he reconciliado con la muerte de mi hijo".

5.3 Un tríptico de recuerdo

Con mucha frecuencia, alguno de los familiares o acompañantes se han sentido tocados interiormente por los mensajes que he ido desgranando en el momento de las despedidas y me han pedido que, por favor, les facilitase los textos que había utilizado. Para satisfacer esa demanda elaboré un tríptico sencillo y bien presentado que vengo entregando habitualmente. He comprobado la eficacia y gratitud por ese recuerdo, que les servirá para otras despedidas o para revivir esos momentos privilegiados. Anoto a continuación el contenido.

Despedida del ser querido

Qué difícil despedirse del que se nos va en la muerte, junto al que se han vivido tantos gozos, tantas penas. Le habéis sostenido hasta el límite y le habéis acompañado hasta el último momento de su andadura en nuestra tierra. La muerte os deja clavados duros interrogantes: ¿cómo acostumbrarse a vivir sin él?, ¿qué futuro le espera? La muerte ¿es el punto final o una puerta que se abre a un nuevo futuro?

Pensar que la vida termina para siempre cuando morimos, es tan insensato como pensar que una semilla muere cuando se siembra, o que un pájaro muere cuando desaparece por encima de la colina. Implorad el consuelo para el corazón herido y recibiráis de Dios pañuelos de esperanza. El secreto del Creador consiste en reponer la llama de la vida en la ceniza de la carne muerta.

Dejaos sostener también por las personas cercanas que serán vuestra fuerza para seguir adelante.

¿Qué futuro te espera ahora?

*Te vas como un silencio de amigo/a
que se toca con manos muy suaves.
Te vas como una lágrima de agua clara
que se desliza lentamente por un pétalo de flor.
Te vas como una mariposa dorada
que traspasa las estrellas buscando la luz del sol.*

Palabras de despedida de Jesús a sus discípulos (Jn 14,18 y ss)

En aquel tiempo dijo Jesús: Hijos míos, ya no estaré con vosotros por más tiempo. A donde yo voy no podéis seguirme ahora; algún día vendréis. En la casa de mi Padre hay lugar para todos.

Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros, como yo os he amado.

Os dejo la paz. No os inquietéis, no tengáis miedo, no os dejaré huérfanos, me voy, pero volveré a estar con vosotros para siempre.

Palabra del Señor

Repasad su vida sencilla, entregada, consumida a favor vuestro; se ha desvivido por vosotros. Os encarga que viváis en esa dinámica de amor mutuo, de servicio; que sigáis haciendo una piña entre vosotros. Para vosotros es un testamento vivo del mandamiento del Señor: os ha amado y os deja su estela para que perseveréis en el amor. Su viaje, a través de la muerte, ha tenido un destino gozoso: la casa familiar del Padre Dios. Allí va a ser acogido por el que rebosa misericordia. Estará acompañado por los seres queridos que le precedieron.

Os lega otro **regalo: "la paz"**. Os agradece infinitamente los cuidados que le habéis prodigado. Quedaos serenos, en paz.

Oración:

Ten, Señor, en tu misericordia a N____, a quien nosotros recordamos con cariño y cuyo nombre Tú tienes escrito en el "Libro de la Vida". Muéstrate con él/ella compasivo y misericordioso. Ofrécele la seguridad de tu casa, "donde ya no hay muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor". Haz que repose en tu regazo, cerca de tu corazón de Padre y que sea, por siempre, feliz en tu Reino. Amén.

N... os dice unas palabras de consuelo:

Queridos míos:

No hay nada que temer,

la muerte es solo un umbral,

como el nacimiento.

El único recuerdo que me llevo

es el de los amores que dejo,

siempre estaré unido/a a vosotros.

El tiempo que estuvimos juntos

fuiamos felices,

no os atormentéis pensando

en lo que pudo ser y no fue,

en lo que debisteis hacer de otro modo.

A pesar de mi muerte

seguiremos en contacto,

me llevareis dentro como una constante presencia,

acudiré cuando me llaméis.

Seré vuestro ángel protector,

no os aflijáis.



N... os deja en el aire, mudo como un pañuelo de despedida, su último deseo: "*Queridos míos, seguid viviendo*".

Ha sido un regalo de Dios para todos vosotros. Manteneos unidos como si perviviese a vuestro lado.

Vuestro duelo

Es bueno llorar por la muerte del ser querido en presencia de los amigos y es bueno también recordar juntos los momentos vividos con aquel que se ha ido para siempre. Es beneficioso hablar de los reproches y los remordimientos, si es que los tenemos, y, por

qué no, de la rebelión que sentimos ante la muerte. Todo esto forma parte del duelo auténtico y sincero que produce misteriosamente, en nuestro interior, un estado de abandono que un día nos permitirá despertar liberados y llenos de energía recobrada para la vida.

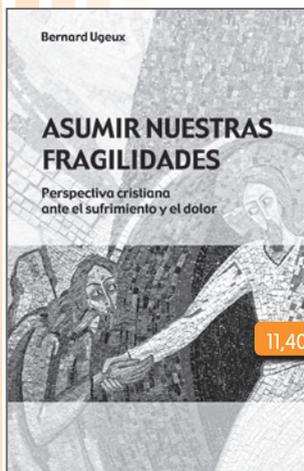
Dad cabida, dejad hueco al ser querido en el corazón, donde pueda vivir para siempre. Seguid hablando de él, repetid su nombre, recordadlo, pasadlo de nuevo por el corazón. No digáis: “hay que olvidarlo, ya pasó todo”. El recuerdo lo es todo, no permitáis que caiga en el olvido. Hay que recolocar emocionalmente al fallecido, cambiar el tipo de vínculo que nos unía, convocados a una nueva forma de pertenecerse el uno al otro. Es importante quedarse en paz; guardar algún detalle significativo de él y colocarlo en un lugar privilegiado de la casa para perpetuar su memoria. Estar muerto significa carecer de nombre, mas la muerte es vencida por el amor de los suyos (en cuya vida persevera) y por el Amor creador de Dios.

Evocamos la **historia de la vida, muerte y resurrección de Jesús**. A partir de esa historia, descubrimos que nuestra propia vida, incorporada a la experiencia de Jesús, tiene un final feliz; no concluye en la muerte sino en la resurrección.

El Resucitado no es menos corporal que el Jesús que recorría los caminos de Palestina, pero su cuerpo está transformado, transfigurado en virtud del abrazo definitivo del Padre de la vida (como la semilla que muere está subsumida en la planta nueva que germina). Jesús, en la muerte, fue “un durmiente” que, al tercer día, fue despertado por la Voz de Dios. Dios no arrebató la vida, sino transforma nuestra vida mortal. Él toca nuestro cuerpo, se adueña de nuestra caducidad y la transforma en claridad.

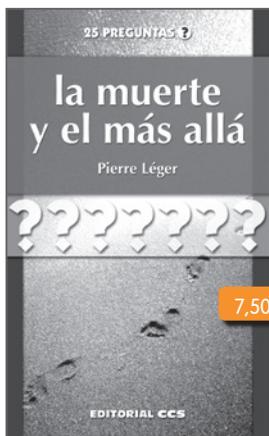


Abrazados por la fe



ASUMIR NUESTRAS FRAGILIDADES

Perspectiva cristiana ante el sufrimiento y el dolor
Bernard Ugeux



LA MUERTE Y EL MÁS ALLÁ

Pierre Léger



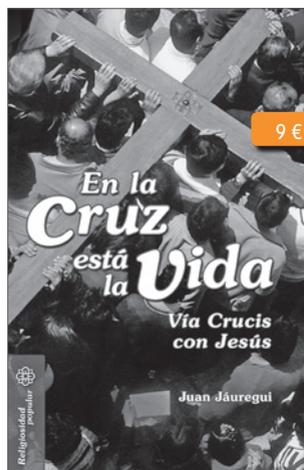
EL SENTIDO CRISTIANO DEL DOLOR

Xavier Thévenot
2ª edición



EN LA HORA DE LA MUERTE

Pastoral de acogida y oración
Álvaro Ginel



EN LA CRUZ ESTÁ LA VIDA

Via Crucis con Jesús
Juan Jáuregui